

## EL VERDADERO MAL ACTUAL

POR

ANTONIO SEGURA FERNS

Cuando el 11-IX-2001 se inmolaron los voluntarios islámicos contra las Torres Gemelas de Manhattan se acaba una época histórica que con la Ilustración empezó en la Revolución Francesa. Para conocer el *verdadero mal* que afecta a la que se inicia, iremos al diagnóstico que hace el único filósofo importante superviviente del siglo xx, el patriarca de la hermenéutica G. Gadamer que en su última obra, *La herencia de Europa*, lo expone sin ambages hablando de la *sociotécnica* que en los años setenta el filósofo marxista A. Schaff en *La alienación como fenómeno social*, dedica el capítulo IV, titulado *La utilidad de la alienación para la sociotécnica*, dice: "estamos construyendo la sociotécnica por analogía a la técnica ingenieril". A esto contesta Gadamer: "Formar seres humanos presupone ante todo y principalmente manipular la opinión pública. Vivimos hasta un grado increíble en una política de opinión e información pública dirigidas y manipuladas científicamente... Aquí estriban los verdaderos peligros que nos amenazan... en un abuso que quizá sea mucho más peligroso que la amenaza de destrucción atómica... El peligro que amenaza a causa de la información de la opinión pública... en la *democracia masiva* que se está formando, es quizá más grave porque es imperceptible... En esto se abusa efectivamente del poder de la ciencia". Gadamer, aunque no lo diga, está realmente apostando por la supremacía del espíritu (la opinión) sobre la materia (la fuerza atómica), porque ésta es meramente instrumental y aquél está dirigido por la ley del espíritu, la libertad.

¿Cómo ha podido ocurrir esto en una civilización de raíz cristiana? No otro es el proceso histórico de la cultura occidental. E. Gilson, en *La Metamorfosis de la Ciudad de Dios*, lo dice así: Para Comte "la Edad Media se convertía en la «preparación católica» de la *era positivista*... y la expansión del culto al Dios cristiano no había sido sino preparar la hora en que el verdadero Gran Ser ocupe dignamente todo el planeta humano. El *Grati Ser*, es decir, el sustituto de hoy en la religión positiva es la Humanidad". No es sino "el Hombre Magno" de Hobbes, que para Kant esta "humanidad como fin para sí misma (es)... la idea de la voluntad de todo ser racional como una voluntad universalmente legisladora... Llamaré a éste el principio de la *autonomía de la voluntad*, en oposición a cualquier otro que calificaré de *heterónomo*" (*Fundamento de la metafísica de las costumbres*, cap. II). Y así, "es el tránsito de la filosofía moral popular a la metafísica de las costumbres" (*ibid.*). Kant será superado por Hegel que en las *Lecciones de filosofía de la Religión* nos dice que "no hay dos clases de razón, la Razón divina y la razón humana, que fueran absolutamente antitéticas". Efectivamente no son antitéticas, sino solo analógicas, diferentes y por ello el verso de la *Filosofía del Derecho*, "lo que es real es racional y lo que es racional es real", es cierto para la ilimitada Razón Divina, que crea *ex nihilo* desde sus Razones arquetípicas divinas; pero es falso para la limitada razón humana cuyo conocimiento empieza subordinado a los sentidos corporales y, además, sus *razones* imaginadas solo son llevadas a la *realidad efectiva* según las *leyes formales* lógicas y matemáticas y las leyes de *fuerza*, de *necesidad* de la materia creada por Dios. El idealismo dialéctico de Hegel ha sido desmentido por la historia ocurrida creando un monstruo ideológico, ya incoado por Spinoza sobre la metafísica cartesiana del *cogito* que es el que crea el "sum" humano. La realidad ha traído a dos monstruos efectivos, Hitler (por la derecha hegeliana) y Lenin-Stalin (por la izquierda hegeliana).

Si del desarrollo dialéctico totalitario pasamos al mundo liberal de raíz crítica kantiana, tenemos que recordar con Pieper lo que dice en *El realismo metódico*: "La ética idealista del siglo pasado ha olvidado la determinabilidad de la moral por la reali-

dad". Efectivamente, lo que *no es* y *no puede ser*, no es ni bueno ni malo, simplemente *no es*. Y esto es importante cuando ahora se hacen continuamente juicios de valor que reclaman como de Justicia *debida a la dignidad humana* cosas imposibles. Esto es así pues la *democracia masiva* señalada por Gadamer expresa el paso del pueblo (*δῆμος*) a la masa (*οἶκος*); y la masa, como dice G. Le Bon su primer estudioso en la *Psychologie des foules*: "las masas no conocen más que sentimientos simples y extremos... solo por analogía se les puede calificar de razonamientos". Lo cual es corroborado hoy por Ph. Lersch en *La estructura de la personalidad* cuando dice: "en la masa el individuo deja de ser, provisionalmente, una persona".

Con esto podemos entrar en el *iter* señalado por Gilson que se ha seguido para pasar de una cultura cristiana al momento actual. Todo radica en la manipulación del lenguaje, único medio de pasar de las personas individuales a la Humanidad, en la que se ha situado la *dignidad humana*. Los procedimientos dialécticos van desde el uso del *potencial*, el *podría ser* que se transforma en *deber ser*; tomar *la parte por el todo*, el *algunos dicen* transformado en *todos dicen*; el sutil uso de los *términos preformativos* o *dadores de sentido*, que maximizan o minimizan el mensaje de una frase en orden a la ideología del que habla; la demonización de determinadas palabras —i. e. *Fascismo*, *energía nuclear*— o, por el contrario, su beatificación —i. e. los *marginados*, los *desheredados*, etc.—. En este juego de palabras es particularmente interesante para el católico la trampa que tiende el término *persona humana*. Es normal, incluso entre católicos cultos, hablar de *la dignidad de la persona humana*, cuando lo cierto es que *la persona humana* en abstracto no existe, pues entonces sería la Humanidad. Los que existimos realmente somos "las" *personas humanas*, pues "persona dicit semper singularis" (I S. Th. ds 29, q 1, co), dice Tomás de Aquino. Y si *dignidad* emana no de ser racional (Kant) sino que "*radix libertatis est voluntas sicut subjectum*" (I-II S. Th. ds 17, ar 1, ra 2). Es decir, *Dios hizo al hombre responsable; y para ello lo hizo libre* (A. d'Ors). El tomar a *la persona* abstractamente es caer en el idealismo filosófico autónomo que rechaza la *Heteronomía Divina*. Así es como desa-

parece la verdad y solo quedan opiniones. O, alternativamente, la *fuerza de la verdad es sustituida por la verdad de la fuerza*, el Leviatán de Hobbes que impone qué sea bueno y qué sea malo que propuso Spinoza y ha sido jurídicamente desarrollado por Kelsen. O la *fuerza estadística de la opinión mayoritaria* convertida en verdad legal intentando así una base de *certeza matemática*, el  $\tau\alpha\ \mu\alpha\delta\epsilon\mu\alpha\tau\alpha$  (Heidegger), *lo calculable*.

Veamos ahora la doctrina de la Iglesia sobre estos temas. Empezaremos señalando que para muchos que se profesan católicos, hoy es *políticamente incorrecta*. Leamos lo que dice el Beato Pío IX sobre lo que, de acuerdo con Gadamer, llama *libertades de perdición* que empieza citando la Encíclica *Mirari Vos* de Gregorio XVI: "Los ciudadanos tienen derecho a la más absoluta libertad para manifestar y defender públicamente sus opiniones de palabra, por escrito o por cualquier otro medio sin que la autoridad eclesiástica o civil pueda limitar esta libertad. Ahora bien, al sostener estas libertades temerarias no consideran que proclaman *una libertad de perdición*" (*Quanta Cura*, § 3). Lo cual es reafirmado por León XIII en la *Libertas*, § 18, encíclica que es citada como autoridad por el Concilio Vaticano II en la nota núm. 2 de la *Dignitatis Humanae*. Y El Beato Juan XXIII es aún más taxativo: "Esta dolorosa situación debe llevar a las autoridades... a una conclusión lógica y obligada... que en el ejercicio de la *libertad de prensa se imponen limitaciones*" (*Stamo partimcolarmente*, § 18).

Gilson termina su obra antes citada así: "La serie de las metamorfosis de la Ciudad de Dios, no tiene otro sentido. Esta es la Historia de un esfuerzo obstinado para hacer de esta ciudad eterna una ciudad temporal, sustituyendo la fe por cualquier otro lazo natural concebido como fuerza unitiva de esta sociedad... Pero el fin es el que manda: la ciudad de los hombres no puede alzarse a la sombra de la Cruz, sino como el suburbio de la Ciudad de Dios" (*ibid.* Final).